

Cuento de Navidad, “Un mundo de ilusiones”

por Cristina Eguíluz Casanovas

“Honraré la Navidad y procuraré conservarla durante todo el año” Charles Dickens

Aquel día comenzaban las vacaciones escolares y paseábamos por las calles mirando las tiendas, juguetes, vestidos, tartas, chocolates. Las luces iluminaban el centro y la iglesia exponía su belén con figuras gigantes. Al salir una mujer con un bebé en los brazos nos miró suplicante, tenía un cartel escrito que contaba su historia pero no le prestamos atención. Pasamos de largo con las prisas de las compras, cargados con bolsas y paquetes. Nuestra casa estaba situada a las afueras del pueblo, por la ventana las luces se asomaban iluminando el salón. Mi padre había instalado el



belén y mi hermana pequeña y yo ayudábamos a componer las figuras mientras mi madre decoraba la casa con adornos de colores, flores, campanillas, regalos y dulces en la mesa. Es hora de acostarse, mañana será un día lleno de sorpresas. Me dormí con la imagen del pueblo encendido. De pronto desperté en el gran hielo del polo abordo de un trineo tirado por dos renos blancos, aquellos de los cuentos que me había leído el abuelo, todo a mi alrededor brillaba de puro blanco, nos deslizamos a toda velocidad hasta la ciudad, las casas estaban cubiertas de nieve, los niños patinaban forrados de guantes y gruesas bufandas mientras los mayores les contemplaban alegres bajo los gorros peludos con vasos de papel humeante de rico chocolate. Los renos resoplaban, me llevaron a una casa a las afueras de la gran ciudad de cúpulas de colores cuyas paredes parecían caerse, la oscuridad y el frío me hacían temblar, una tenue luz proveniente del fuego iluminaba los rostros apagados de varias familias, mujeres con ropajes raídos preparaban cacillos de sopa, otras cargaban leña junto a los hombres que amontonaban utensilios a modo de combustible para echar al fuego. Los niños se apresuraban a sentarse alrededor extendiendo las manitas para calentarse, algunos conservaban algo parecido a unas manoplas recortadas de punto. Uno de ellos se giró y me sonrió con la carita sucia, y yo le dí mi bufanda. Una fuerte ráfaga de viento me llevó de vuelta al trineo, fue entonces cuando descendimos a toda velocidad por los aires, miles de luces brillaban en una ciudad llena de rascacielos, torres altísimas que los renos esquivaban mientras me sujetaba a la barra del trineo. En medio de una enorme avenida, todos parecían tener prisa, iban cargados de bolsas y paquetes de colores, los niños se relamían con el algodón dulce y grandes piruletas rojas. Y entonces fue cuando le vi entre la multitud, un niño mayor sentado al pie de una farola cruzaba los brazos bajo un viejo abrigo y de vez en cuando tendía la mano esperando una limosna; la gente pasaba a su lado sin al parecer percatarse de su presencia, le rozaban con sus largos abrigos sin

molestarse en leer un recorte de cartón a sus pies: “Feliz Navidad, por favor una ayuda para comer”. Apenas tuve tiempo de rebuscar en los bolsillos, soltar todo cuanto tenía y quitarme el abrigo, cuando me elevé de nuevo por los aires, un cálido viento me acariciaba el rostro, un inmenso océano azul se extendía a mis pies, sobrevolamos una preciosa playa de arena blanca y bonitas casas, ahora mis rápidos amigos movían sus patas a través de verdes montañas, sin embargo, aterrizamos en un poblado de chabolas lleno de escombros. Alrededor de los pequeños chamizos, los niños recogían objetos entre las basuras como si fueran valiosos tesoros y los adultos sujetaban múltiples enseres de plástico, madera, hojalata en viejas bicicletas; la mayoría llevaban chancas de playa. Una niña de ojos negros y tez oscura se me acercó y se detuvo frente a mí. Me quedé paralizado sin saber bien qué hacer mientras ella me contemplaba con curiosidad, entonces bajó la cabeza y señaló hacia mis zapatos de piel, una idea cruzó mi mente y en un instante me descalcé al tiempo que un reno me recogía con su hocico y me sentaba en el trineo volante. Dentro de mí sentía una emoción más fuerte que el vuelo por los aires con aquellos renos mágicos del Polo, mi cuerpo parecía flotar, en mi mente se sucedían imágenes con niños sonriendo, familias felices celebrando la navidad. En las islas del Pacífico regalé mi medalla a un niño desnudo de ojos achinados y en algún lugar del continente africano dejé mi mochila llena de juguetes en un poblado de chozas, me despedí muy feliz al escuchar los gritos de júbilo. Una familia trabajaba la tierra en un arrozal del Asia meridional, los niños chapoteaban con sus delgadas piernecitas en la ciénaga salpicándome, me enjuagué la cara, me despojé del reloj y continué mi viaje por tierras del Medio Oriente, modernos edificios albergaban lujo y brillo en los hogares y mesas repletas de manjares. Proseguimos veloces atravesando un desierto infernal, un convoy de soldados avanzaba junto a una familia con un bebé, caminaban en hilera arrastrando bultos pesados, protegidos tan solo con sus mantos, huían de las bombas y las ráfagas de metralla. Le susurré unas palabras a los renos y abandoné el trineo con las alforjas repletas de leche, pan y manteca. La madre me sonrió y el padre se apresuró a cargar el equipaje. De repente, un estruendo seguido de un remolino de viento me devolvió dando vueltas por el cielo hasta el calor de mi hogar. Acurrucado en mi cama, me despecé muy relajado y contento, todo estaba en su sitio, mi hermana cantaba en su dormitorio villancicos del colegio y la cocina desprendía un aroma a cacao. Todo había sido un sueño, un precioso sueño que había fabricado quizá por la colección de cuentos y por las historias que escuchaba a los mayores acerca del mundo. Me arrodillé junto al belén e hice avanzar las figuras de los reyes magos con los regalos. De pronto, me asomé a la ventana, una enorme estrella fugaz cruzó el cielo ¡allí estaban los renos blancos! La mujer que pedía en la iglesia estaba sentada en el trineo mágico con el niño en su regazo y un hombre sonreía a su lado, volaron hacia las estrellas y yo me quedé absorto con la nariz pegada al cristal. La navidad se instaló en mi corazón por siempre jamás.

(Publicado en A21 diciembre 2017)